



Domingo XXVIII del tiempo ordinario.

Ciclo C.

Coincide con la fiesta de la Virgen el Pilar este año 2025
pero prevalece el domingo del tiempo ordinario

1^a Lectura

Lectura del segundo libro de los Reyes (5, 14-17)

En aquellos días, Naamán de Siria bajó al Jordán y se bañó siete veces, como había ordenado el profeta Eliseo, y su carne quedó limpia de la lepra, como la de un niño. Volvió con su comitiva y se presentó al profeta, diciendo: "Ahora reconozco que no hay dios en toda la tierra más que el de Israel. Acepta un regalo de tu servidor." Eliseo contestó: "¡Vive Dios, a quien sirvo! No aceptaré nada." Y aunque le insistía, lo rehusó. Naamán dijo: "Entonces, que a tu servidor le dejen llevar tierra, la carga de un par de mulas; porque en adelante tu servidor no ofrecerá holocaustos ni sacrificios a otros dioses fuera del Señor."

Palabra de Dios

Salmo responsorial. 97

El Señor revela a las naciones su salvación.
El Señor revela a las naciones su salvación.

Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas:
su diestra le ha dado la victoria, su santo brazo. **R.**

El Señor da a conocer su victoria, revela a las naciones su justicia:
se acordó de su misericordia y su fidelidad
en favor de la casa de Israel. **R.**

Los confines de la tierra
han contemplado la victoria de nuestro Dios.
Aclama al Señor, tierra entera, gritad, vitoread, tocad. **R.**

2^a Lectura

Lectura de la segunda carta a Timoteo (2, 8-13)

Querido hermano:

Haz memoria de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, nacido del linaje de David. Éste ha sido mi Evangelio, por el que sufro hasta llevar cadenas, como un malhechor; pero la palabra de Dios no está encadenada: Por eso lo aguanto todo por los elegidos, para que ellos también alcancen la salvación, lograda por Cristo Jesús, con la gloria eterna. Es doctrina segura: si morimos con él, viviremos con él. Si perseveramos, reinaremos con él. Si lo negamos, también él nos negará. Si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo.

Palabra de Dios

EVANGELIO

Lucas 17, 11-19

Yendo Jesús camino de Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea. Cuando iba a entrar en un pueblo, vinieron a su encuentro diez leprosos, que se pararon a lo lejos y a gritos le decían: "Jesús, maestro, ten compasión de nosotros."

Al verlos, les dijo: "Id a presentaros a los sacerdotes."

Y, mientras iban de camino, quedaron limpios. Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos y se echó por tierra a los pies de Jesús, dándole gracias. Éste era un samaritano.

Jesús tomó la palabra y dijo: "¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha vuelto más que este extranjero para dar gloria a Dios?"

Y le dijo: "Levántate, vete; tu fe te ha salvado."

MONICIONES Y ACCIÓN DE GRACIAS.

Monición de entrada

A pesar de ser hoy el día del Pilar y fiesta nacional, en la liturgia de la Iglesia prevalece el domingo sobre esta fiesta que une a toda la hispanidad. Con todo, pedimos también por todos aquellos que estamos unidos por una misma lengua y religión, agradeciendo a Dios su intervención en una historia que, a pesar de sus sombras, ha unido a tantas personas en torno a Jesucristo, el único capaz de salvar no sólo nuestros cuerpos, sino también nuestras almas.

Monición a las lecturas

Vamos a escuchar la Palabra de Dios. Hoy el tema más importante es el del agradecimiento. Muchas veces nuestra oración es egoísta porque sólo rezamos para pedir cosas. El Señor nos enseña la importancia de dar gracias, porque como dice el refrán, “es de bien nacidos ser agradecidos”.

Acción de gracias.

Qué arduo es el camino que nos lleva a rastras hacia ti, Señor;
es un camino plagado de muecas y desprecios.
Todos, salvo tú, nos repudian y se alejan.
Sólo tenemos ojos para nuestra piel putrefacta.
El dolor compartido parece unirnos, pero esta unión no es más
que un extraño lazo de encorvadas ansias,
egoístas y obsesas por la propia curación,
y ciegas para comprender que todo dolor
no es más que la prolongación del gran dolor:
dolor del universo y de la creación herida.
Ahogados por el ansia de curarnos, caminamos juntos,
pero nuestras plegarias carecen de ternura;
sólo emitimos ayes solitarios y sordos,
como un bramido de desafinadas voces
clamando cada una por lo propio,
olvidando la pena del que sufre a nuestro lado.
Pero tú, Señor, eres fiel ante el infiel
y nada niegas al que a ti se acerca
aunque su plegaria sea interesada
o su súplica carezca de todo cielo.
Nos envías de vuelta al templo
y es de camino cuando nuestras heridas sanan;
porque sólo caminando en tu nombre
las úlceras se curan de dentro a fuera
y las llagas cicatrizan a cada paso.
Pero la sanación nunca es completa si falta el agradecimiento.
La fría ley que restituye los apestados al mundo
a golpe de veredicto,
es incapaz de postrarse libremente ante la fuente
de la que mana la Palabra que sana cuerpo y alma.
Porque hay cuerpos sanos amordazando almas enfermas
y almas presas de sí mismas
que corrompen sus propios cuerpos.
Solo la acción de gracias,
pronunciada ante el único sacerdote,
que al mismo tiempo es templo,
es capaz de abrir todo nuestro ser, en alma y cuerpo,
a la eternidad salvífica donde ya no tendrá cabida
ni enfermedad, ni muerte, ni pecado.

ORACIÓN DE LOS FIELES (preces)

1. Por nuestro país y por toda la comunidad hispana, unida por una misma lengua y en su gran mayoría por una misma fe. Que seamos fermento de unidad en medio de un mundo tentado por la división. ROGUEMOS AL SEÑOR.
2. Por una verdadera paz justa. Por el cese de todas las acciones violentas que tanto hacen sufrir a personas inocentes. ROGUEMOS AL SEÑOR.
3. Que seamos personas agradecidas, con Dios y entre nosotros mismos. ROGUEMOS AL SEÑOR.
4. Por todas las personas enfermas que sufren rechazo o marginación por su enfermedad, para que encuentren en la sociedad compasión, acogida y nunca se sientan rechazados. ROGUEMOS AL SEÑOR.
5. Que respondamos al amor de Dios con gratitud, acordándonos de Él siempre y no sólo en los malos momentos. ROGUEMOS AL SEÑOR.

HOMILÍA

Dice un refrán que “es de bien nacidos ser agradecidos”. El agradecimiento es una de las acciones más hermosas del ser humano, aunque como todo, corre el riesgo de contaminarse y quedar simplemente en un cumplimiento para saldar las cuentas con aquél que nos ha ayudado. Si el agradecimiento se entiende como una especie de pago por los servicios prestados pierde todo su valor para convertirse en un mero trueque; algo así como un “estamos en paz” que impide enriquecer y acrecentar una relación. Sin embargo, si el agradecimiento supone la aceptación de la ayuda del otro desde la gratuidad, lo que se ofrece en agradecimiento no son cosas en compensación por el bien recibido, sino el propio corazón; un corazón abierto a la amistad y a una relación fructífera. Entender el agradecimiento en su justa medida supone algo a lo que difficilmente estamos dispuestos: el compromiso de la vida hacia mi prójimo. Es más práctico pagar la deuda para evitarnos molestos compromisos que comprometernos de por vida con algo o con alguien.

Naamán logra curarse con algo tan sencillo como sumergirse siete veces en las aguas del Jordán. Su piel se vuelve como la de un niño. Hasta ahí todo va bien hasta que pretende pagar a Eliseo. Eliseo es un profeta, no un sacerdote a sueldo de ningún templo. A Naamán se le abre un nuevo horizonte, el horizonte de la gratuidad. Si hubiera pagado al profeta, quizás hubiera vuelto a su tierra con la conciencia tranquila para terminar adorando de nuevo a sus falsos dioses; nada hubiera cambiado en él. Sin embargo, no se vuelve con las manos vacías, sino con la tierra del Dios verdadero sobre la que ofrecer un nuevo sacrificio. No es sin duda la mejor de las formas de agradecer al Dios que lo ha curado, pero no olvidemos que estamos todavía en el antiguo testamento. En el nuevo, las cosas sufren una ligera variación.

En el evangelio de este domingo no es uno, sino diez los enfermos de la piel que piden curación. Hemos de recordar, antes de nada, que en la época de Jesús las enfermedades de la piel (cualquiera de ellas) eran muy temidas. Para evitar el contagio, los enfermos de afecciones cutáneas (no sólo los leprosos) eran considerados impuros y obligados a vivir apartados del resto de la gente, fuera de la ciudad o en zonas debidamente delimitadas. Las personas que se curaban de su enfermedad debían obtener de los sacerdotes un certificado de curación que les permitiera volver a su vida normal, integrados de nuevo en la sociedad. Se entiende así que Jesús pida a los enfermos que vayan a ver al sacerdote, dando por supuesta su curación, una curación en la que ellos también creen.

Es de notar que los enfermos no se curan de inmediato, sino yendo “de camino”. Este dato es muy importante para nuestra vida espiritual. La curación no nos viene desde el inmovilismo, sino desde un “ir caminando” confiados en la Palabra del que nos ha indicado el camino a seguir. Sin embargo, al quedar curados, sólo uno de ellos decide volver donde Jesús para echarse a sus pies. Echarse a los pies de alguien era reconocerle como maestro; es la expresión corporal que se adopta para acoger las enseñanzas. Dicho de otra manera, el enfermo curado no vuelve para pagar con ningún presente el favor recibido, sino para hacerse discípulo y consagrarse su vida al seguimiento de Jesús. Sólo así encuentra la salvación. Los otros nueve sólo logran la curación de su enfermedad corporal, pero no de su corazón. Cumplen con el precepto de presentarse en el templo a los sacerdotes, pero no logran alcanzar la salvación completa. En cambio, el que regresa, (que además es un samaritano), sabe que más que un certificado del templo que le permita volver a la misma vida de antes, lo que necesita es otro templo y otro sacerdote, el único y verdadero templo y sacerdote a la vez que es Cristo. No va a recibir ningún certificado legal, pero, a cambio, va a recibir algo infinitamente mejor: la salvación no sólo de su alma, sino también de su cuerpo. Cuando Dios nos cura de cualquier dolencia, no lo hace para que volvamos a la vida de antes, sino para que a través del sufrimiento y del recibimiento gratuito de la gracia de Dios nos abramos a una vida nueva y eterna, transformando y convirtiendo nuestras vidas.

Al igual que Timoteo, nosotros también estamos invitados a recordar quién es nuestro verdadero maestro y a reconocer la infinidad de milagros que Dios opera cada día en nuestra piel putrefacta por el pecado. Dios nos cura en el camino, un camino que, bien entendido, no tiene como meta y culmen templos humanos o los sacerdotes a los que hay que pagar el trabajo que prestan en nombre de Dios, sino al mismo Cristo, verdadero templo y verdadero sacerdote. Cuando nos encontramos con algún “apestado”, no eludamos su compañía porque al hacerlo estaremos negando al mismo Cristo. Unamos nuestro pecado a su enfermedad para que Cristo nos cure a ambos con el bálsamo de la compasión y el ungüento de la misericordia; pues, aunque nosotros seamos infieles, Dios no nos busca para juzgarnos impuros y expulsarnos de la Jerusalén celeste, sino para ponernos en camino hacia la verdadera libertad, porque Dios no puede negarse a sí mismo; Él siempre permanece fiel.